



Conferencia de

Su Eminencia
Gérald Cyprien Cardenal Lacroix

*Arzobispo de Quebec
Primado del Canadá*

II Jornadas Europeas de Institutos Seculares
Universidad Pontificia de Salamanca
Salamanca (España), 21 de junio de 2015

*« La santidad,
camino para vivir la consagración secular »*

« Oh bosques y espesuras, plantadas por mano del Amado... decid si por vosotros ha pasado. » (San Juan de la Cruz, Cántico espiritual, estrofa 4)

Existen lugares cuya belleza e historia provocan un sentimiento de arrobamiento. Esta noble ciudad de Salamanca figura entre los lugares casi míticos en la cual nos llega el deseo de plantar tres tiendas, como el apóstol Pedro sobre el monte Tabor, y de buscar a Dios aquí. Como una rosa antes de abrirse preparó detenidamente su crecimiento arreglando la más bella distribución de sus pétalos, esta ciudad aparece hoy en todo su esplendor. Lega una preciosa herencia que le mereció ser escogida por la UNESCO como un sitio del patrimonio cultural de la humanidad. Y qué orgullo nos anima cuando consideramos que estamos en este instante en la más antigua universidad que todavía funciona en España. Permanece aún como un centro de erudición, de investigación y de cultura cuya reputación se extiende más allá de las fronteras del país.

Sus muros acogieron a personas que encarnaron las más nobles virtudes de la condición humana. Nombro entre otros a Cristóbal Colón, sin el cual no estaría delante de ustedes en este momento si no hubiera tenido la audacia y el genio de descubrir a América !

Y en la encantadora ciudad vecina irradia la fama de una santa figura ; Teresa de Jesús lleva desde siempre el nombre de su ciudad de adopción como patronímico : Teresa de Ávila. Y ¿cómo no agregar al evocar su nombre el de san Juan de la Cruz, su hermano en la fe y en la obra de restauración del Carmelo ? Ambos testimonian la fecundidad espiritual que emana de su relación privilegiada con Dios. En la realización de su camino de vida y de santidad han alcanzado el más alto grado posible de perfección.

Son testigos de una fe profundamente aferrada en una vida de compromiso y servicio para el mundo de su época y de todos los tiempos. Se revelan como faros para nosotros que hemos escogido ser parte de los Institutos seculares para seguir a Jesús sobre los caminos que conducen a la santidad. El papa Benedicto XVI nos recuerda la meta : *« Vuestra vocación consiste en estar en el mundo asumiendo todos sus pesos y anhelos, con una visión humana que coincida cada vez más con la divina, de donde brota un compromiso original, peculiar, fundado en la conciencia de que Dios escribe su historia de salvación en la trama de las vicisitudes de nuestra historia »* (Mensaje con ocasión del Congreso mundial de Institutos seculares, julio de 2012).

« La vuestra es una vocación en salida por naturaleza, no sólo porque os lleva hacia el otro, sino también y sobre todo porque os pide habitar donde habita cada hombre. » (Papa Francisco, Audiencia con ocasión de la Conferencia italiana de Institutos seculares, Roma, 10 de mayo de 2014)

Es bueno recordar que toda reflexión sobre la santidad de la vida consagrada procede ante todo de la concepción que tenemos de la condición humana. Porque antes de ofrecer su vida a los demás, hay que realizar que primero la hemos recibido. Es por Dios y en Dios por lo que tenemos nuestra existencia y nuestra entrada en la noble cohorte de estos seres que pueblan la tierra, y a quienes se les confieren ese título tan prestigioso que es la humanidad : « *Lo hiciste apenas inferior a un dios, lo coronaste de gloria y esplendor, le diste poder sobre las obras de tus manos ; todo lo pusiste bajo sus pies* » (Sal 8, 6-7). Esta relación privilegiada con Dios desde el instante de la creación nos otorga ya una aureola de santidad.

Esta percepción de la santidad fundamental de nuestra condición humana nos impone una mirada lúcida sobre nuestros deberes hacia nosotros mismos y hacia los demás. A veces, pretendemos que el camino hacia la santidad se opere en perjuicio del cuerpo como si se tratara de un peso que entorpece el impulso del alma hacia el Altísimo. Es ignorar la manifestación más sublime de Dios en la historia de salvación de la humanidad. Porque el Verbo se hizo carne, tomando un cuerpo de hombre, el de Jesús de Nazaret, en la carne de una mujer, María, su madre. « *Por eso, al entrar en el mundo dijo : No quisiste sacrificios ni ofrendas, pero me formaste un cuerpo* » (Heb 10, 5).

El cuerpo humano es el regalo precioso que nos ofrece el Padre Creador para manifestar su gloria y su bondad. Es el vehículo por el cual entramos en el mundo que Él modeló para seguir su obra con el título de mandatarios de su perfeccionamiento. Es el instrumento por el cual contribuimos a la elaboración de una Ciudad en la cual reina la justicia, la paz y la armonía. Es el joyero en el cual late nuestro corazón al ritmo de él de nuestro hermano y Señor Jesús, por quien toda persona humana merece dignidad y compasión. Más allá, nuestro cuerpo es la sede de la voluntad y de nuestras facultades intelectuales, afectivas y espirituales que nos confieren el privilegio de acceder a regiones donde nos acoge el Todo-Otro y donde abordamos las orillas de su inefable presencia. Porque este cuerpo es « *santuario del Espíritu Santo, que han recibido de Dios y habita en ustedes* » (1 Cor 6, 19).

La transformación mística de la vida humana en el bautismo « *... bautizados en Cristo Jesús... nos hemos identificado con él.* » (Rom 6, 3.5)

Del número de gracias más sublimes que hayamos recibido a lo largo de nuestra vida, la más determinante ha sido « *por el bautismo, (ser) sepultados con él en la muerte, para que así como Cristo resucitó de la muerte por la acción gloriosa del Padre, también nosotros llevemos una vida nueva* » (Rom 6, 4). El bautismo es un don de Dios, un llamado de su parte, un desafío a realizar en lo mejor de nuestras capacidades, y con su gracia, nuestro proyecto de vida de hombres y de mujeres creados y salvados por Dios. Hemos tomado la plena medida de los efectos de nuestro bautismo en nuestra vida, y por nuestra misión, en un trabajo de discernimiento que nos ha conducido hacia la persona de Jesús de

Nazaret, que reconocemos como « *el Camino, la Verdad y la Vida* » (Jn 14, 6). El papa Francisco expresa este fenómeno de ocurrencia con estas palabras : « *No se puede perseverar en una evangelización fervorosa si uno no sigue convencido, por experiencia propia, de que no es lo mismo haber conocido a Jesús que no conocerlo, no es lo mismo caminar con Él que caminar a tientas, no es lo mismo poder escucharlo que ignorar su Palabra, no es lo mismo poder contemplarlo, adorarlo, descansar en Él, que no poder hacerlo* » (Evangeli Gaudium, nº 266).

Para todo cristiano, el bautismo es una invitación a seguir e imitar a Cristo. Él realiza una preferencia para su proyecto en favor de la felicidad para cada persona y la salvación del género humano. Es viviendo una relación estrecha con el mundo como las personas bautizadas, y más aún las que han consagrado su vida al Señor, participan con Él a su santificación.

Jesús invita a algunos de sus fieles a seguirlo incondicionalmente para entregarse totalmente a Él y al establecimiento de su Reino. Es un llamado irrevocable que conlleva un don total al Señor para compartir su vida y su proyecto. En su compromiso personal en la obra del perfeccionamiento de la creación y de su redención en Jesucristo, la persona consagrada realiza una de las dimensiones místicas de su vida uniendo su vida a la acción providencial de Dios. Es por su cuerpo, sede de su identidad total y fuente de su capacidad de creer y de amar, como la persona consagrada se vuelve, en el Cuerpo místico de Cristo, signo de la Iglesia viva en diálogo con el mundo. « *Desde fuera no se salva al mundo. Como el Verbo de Dios que se ha hecho hombre, hace falta hasta cierto punto hacerse una misma cosa con las formas de vida de aquellos a quienes se quiere llevar el mensaje de Cristo ; Hace falta, aun antes de hablar, escuchar la voz, más aún, el corazón del hombre, comprenderlo y respetarlo en la medida de lo posible y, donde lo merezca, secundarlo* » (Pablo VI, Ecclesiam Suam, 6 de agosto de 1964, nº 90). Este mensaje está aún muy actual.

Haciendo vivir en sí mismo el modelo de Cristo casto, pobre y obediente, la persona consagrada da cuerpo a la Palabra divina tal como se derramó de su corazón para vivir en medio del mundo haciendo latir el corazón de Dios. El camino de la consagración secular atraviesa a veces regiones peligrosas y zonas donde reina la desolación. « *El campo propio de su actividad evangelizadora, es el mundo vasto y complejo de la política, de lo social, de la economía, y también de la cultura, de las ciencias, de las artes, de la vida internacional y de los medios masivos de comunicación...* » (Pablo VI, Evangelii Nuntiandi, nº 70).

« Ábrenos el costado de tu cuerpo, Señor, para que entren los que deseen ver los secretos de tu Hijo. » (Beato Guillermo de Saint-Thierry)

El breve elogio que hemos esbozado de nuestra condición humana pone deliberadamente el acento sobre el valor de nuestro cuerpo. Mis palabras requieren sin

embargo una buena dosis de humildad de parte de la « *obra de barro* » que somos « *en manos del alfarero* » (Rom 9, 20). Porque este cuerpo puede también revelarse como un instrumento que deroga al proyecto del Creador. Muchas veces, una mirada lúcida en nuestra vida, y sobre todo al mundo en el que vivimos, nos lo recuerda dolorosamente.

La historia de la humanidad y los acontecimientos de los cuales somos testigos casi a diario, ponen de relieve los graves sufrimientos que padecen muchas personas en el mundo. Los medios nos muestran cada día imágenes de cuerpos mutilados, torturados, desfigurados por el odio, la venganza o por el dolor. Ciertas prácticas, hasta de políticas oficiales puestas en obra por instancias reconocidas, conducen a una degradación del cuerpo humano. Es así cuando toleramos la prostitución y todo acto que deshonra el cuerpo humano porque es tratado como objeto de placer o de lujuria. Lo mismo cuando se abre la puerta al suicidio asistido, una ofensa al privilegio de haber recibido gratuitamente el don de la vida. El carácter sagrado del cuerpo de la madre y del hijo por nacer son también abofeteados cuando banalizamos el aborto y recurrimos a él como si se tratara de cualquier medio de contracepción. Y ¿qué decir de todas las formas de violencia contra la mujer y contra los niños explotados con viles fines comerciales o utilizados como carne de cañón en guerras fratricidas ? ¿Cómo no indignarse frente a la situación de pobres abandonados en las calles y morideros en tantas Calcutas del mundo ?

He aquí la otra cara de esta condición humana que nos duele y que interpela nuestra misión de ser portadores de esperanza y de la luz de Cristo. « *En el corazón de un mundo que cambia, en el que persisten y se agravan injusticias y sufrimientos inauditos, estáis llamados a realizar una lectura cristiana de los hechos y de los fenómenos históricos y culturales* », recordó el papa San Juan Pablo II a los participantes de la Conferencia mundial de Institutos seculares en Castel Gandolfo, el 28 de agosto de 2000.

Es en este mundo donde las personas consagradas escogen vivir, lo más intensamente posible, con sus fuerzas y debilidades, así como con el equipaje de talentos con los cuales fueron gratificados. De todo corazón y con entera libertad, se ofrecen totalmente a Él que ve todo, sabe todo, puede todo, perdona todo y – encima de todo – ama infinitamente. La persona consagrada a Dios ofrece su cuerpo tan sublime como frágil, tan sediento de recibir amor como deseoso de amar y de servir. Es en este cuerpo donde establece una relación humana armoniosa con sus hermanos y hermanas y consagra todas sus energías a edificar un mundo mejor mientras « *está gimiendo con dolores de parto... y aguarda ansiosamente que se revelen los hijos de Dios* » (Rom 8, 19-22).

« El cristiano no es testigo de una teoría, sino de una Persona : Cristo resucitado, que está vivo y es el único Salvador de todos. » (Papa Francisco, en @Pontifex_es, 28 de mayo de 2015)

Los Institutos seculares conllevan una profesión verdadera y completa de los tres consejos evangélicos que se revelan como auténticas balizas para guiar a las personas que

se han comprometido en sus caminos de vida y de búsqueda de la santidad. Es en una unión íntima con Jesucristo, cuya vida y mensaje inspiran su compromiso, donde las personas consagradas tienen la valentía de decir en pos de san Pablo : « *Y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí* » (Gál 2, 20). Así se realiza esta osmosis mística entre Dios y la persona consagrada por la cual se vuelve santa como el Padre lo deseó desde el momento de la creación y en la re-creación de su bautismo. Con Jesús como modelo, la persona consagrada escoge libremente seguirle en el camino real que conduce a la santidad por medio de la castidad, la pobreza y la obediencia.

La castidad

El celibato para el reino de los cielos existe en la Iglesia desde que Jesús, su Maestro y Señor, sin haber sido casado, cumplió perfectamente la misión confiada por su Padre de ser para la humanidad la « *imagen de Dios* » (2 Cor 4, 4). Nunca dudó que realizaba su proyecto en medio de una sociedad que consideraba el matrimonio como la forma más elevada de cumplir su deber frente a la Ley. Seguro de su propia elección por una vida casta, Jesús declaró que « *hay eunucos que a sí mismos se hicieron eunucos por el reino de los cielos* » (Mt 19, 12). El celibato escogido por Jesús le permitió realizar su exigente misión con el más alto grado de perfección posible. Este modo de vida le procuró una total libertad de acción y de iniciativa. Lo dispuso a demostrar al mundo entero una forma de amor incondicional que siente la necesidad de comprobar hasta ofrecer su vida para cumplir la voluntad de su Padre.

La castidad no tiene buena prensa en nuestras sociedades hiper-sexualizadas, hedonistas e infectadas por el consumo compulsivo. Es aún menos comprensible cuando es escogida libremente. Por la exigencia que requiere de parte de la persona que se compromete en este camino – y nunca podremos subrayar demasiado el mérito –, se convierte en testimonio generoso del abandono amoroso en Dios y demuestra la fuerza de atracción de las realidades espirituales, a pesar de que una nube de contaminación moral en el ambiente lo trate de nublar. La libertad de servir sin reserva procura a la persona consagrada una alegría incommensurable en la misión que asume en la Iglesia. La elección de identificarse con la vida de Cristo es perfectamente evangélica, lo que hace de la persona consagrada una persona disponible y libre para servir como el mismo Maestro lo hizo y participar de la misión salvadora del mundo.

La castidad, para la persona consagrada, es « *buena nueva* » para nuestro mundo porque favorece la expresión de la misericordia, de la ternura y de la cercanía de Cristo para la humanidad. Para la persona consagrada que busca en este consejo evangélico un camino de santificación en su vida, la castidad significa el generoso don de su cuerpo y de su espíritu a favor de la fecundidad de la acción misionera que la hace « *salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio* » (Evangelii Gaudium, n° 20). El consejo evangélico de la castidad dispone a la persona consagrada a emprender un camino de adoración y de servicio, dos pilares imprescindibles sobre los cuales se edifica su

vida para seguir mejor a Jesús. En esta misteriosa osmosis entre el corazón de la persona consagrada y el de Cristo se expresa una de las dimensiones místicas fundamentales de la vida consagrada.

La pobreza

« *Felices los pobres...* » (Lc 6, 20). Con estas palabras, Jesús expone el nuevo espíritu del Reino de Dios en el gran discurso de las Bienaventuranzas que consideramos como la carta magna de la nueva Ley. Que Jesús haya designado la pobreza como una disposición prioritaria para alcanzar el Reino de los cielos solo puede revelarse como un camino de santidad para toda persona que tiene hacia él un profundo afecto y, *a fortiori*, para una persona consagrada que busca seguir su ejemplo.

Los relatos evangélicos nos muestran cómo Jesús vivió pobre entre los pobres. Desde su nacimiento en un pesebre, y en su vida itinerante cuando afirma que « *el Hijo del hombre no tiene dónde recostar la cabeza* » (Mt 8, 20), hasta su muerte ignominiosa en la indigencia más completa, Jesús conoció la privación de bienes generalmente considerados como necesarios. Toda la vida del Señor testimonia una gran humildad, un desprendimiento voluntario de bienes materiales y un renunciamiento al poder político y social al que se le pide muchas veces su adhesión. Esta pobreza le permitió entender, amar y servir a quienes en prioridad se dirigía su mensaje : « *Vayan a contar a Juan lo que ustedes ven y oyen... los pobres reciben la Buena Noticia* » (Mt 11, 4-5). Jesús, para precisar el sentido de esta opción en favor de la pobreza, dijo : « *No acumulen tesoros en la tierra... Acumulen tesoros en el cielo... Pues, donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón* » (Mt 6, 19-21). Esta pobreza se opone a la suficiencia, al egoísmo y al narcisismo que ensalzan la pretensión del hombre de considerarse todopoderoso y que lo conducen al infierno de los ídolos mentirosos.

La persona consagrada encuentra la « *buena nueva* » en la pobreza, tal como fue vivida por Jesús, guiándola en la comprensión de la belleza y de la dignidad de este consejo evangélico. La persona consagrada encuentra en esta belleza y dignidad, la motivación necesaria para poner en práctica el consejo evangélico y llegar a la santidad en la vida cotidiana con toda la intensidad de su fe y de sus convicciones. La pobreza de Jesús testimonia la importancia que le da a la apertura al prójimo, pero en primer lugar a Dios su Padre, la persona consagrada saca del tesoro de su corazón los recursos de amor, de compasión y misericordia para servir a sus hermanos. Ante la riqueza incomensurable de Dios, descubre que la pobreza que escogió es recompensada por la prodigalidad de la gracia de Dios. « *Te basta mi gracia ! ; la fuerza se realiza en la debilidad* » (2 Cor 12, 9). La pobreza de Jesús es la hermana gemela de la calidad de su oración que se basa en las fuentes de riqueza del amor de su Padre. En pos de esta maravillosa guía, la persona consagrada persevera en el camino de la santidad haciéndose pobre en la propia vida para manifestar la riqueza del Reino, aquí y en el más allá.

La obediencia

« *Obediente hasta la muerte...* » (Flp 2, 8). Para otras personas, pareciera incongruente subrayar la importancia de la obediencia como un valor evangélico. En nuestras sociedades posmodernas donde se adula la libertad de opciones y la autonomía personal, la obediencia es sinónimo de sumisión. Sin embargo, las personas consagradas libremente han escogido esta virtud como un camino de crecimiento en su proceso de vida y de santidad. Han escuchado a Jesús enseñar a sus discípulos cómo orar al Padre y decirle : « *Hágase tu voluntad* ». Admiran las actitudes de Jesús obediente y recuerdan que sus ejemplos les ayuden a alcanzar las metas que anhelan para una vida plena y para la realización óptima de su misión evangélica.

Porque es en la fuente misma de nuestra fe donde descubrimos el significado de la obediencia y en uso cotidiano de las Escrituras donde se nos revela su fuerza liberadora. La obediencia de Moisés al proyecto audaz de Dios de liberar a su pueblo de la esclavitud y de guiarlo a una tierra de libertad permitió la realización del Éxodo. La obediencia de Jesús al proyecto del Padre, y no a su propia voluntad circunstancial, le hizo beber del cáliz de su muerte hasta el fin, para después llevarnos con él a la gloria de su resurrección. Es gracias a esta obediencia como realiza de una vez para siempre la « *buena nueva* » del éxodo de la humanidad hacia « *la sentencia que concede la vida. ... Así por la obediencia de uno todos resultarán justos* » (Rom 5, 18-19).

El papa Francisco junta las palabras vida consagrada y éxodo y compara este estilo de vida a un « *éxodo de (vosotros mismos) (...), despojándoos de vuestros proyectos* » (Discurso a las religiosas, 8 de mayo de 2013). Para mí, esta expresión es muy inspiradora para poder entender la importancia de la obediencia como consejo evangélico en nuestro camino hacia la santidad. Jesús nos sirve una vez más de modelo perfecto. La obediencia de Jesús es fecunda cada vez que sale de sí mismo para sanar, para perdonar, para acoger, para enseñar y para orar. Así cuando sana las enfermedades del cuerpo o las del alma, Jesús opera un éxodo de su propio cuerpo para sacar de la fuerza del Padre el poder que permite renacer a una vida nueva. La resurrección de su amigo Lázaro nos ofrece un ejemplo patente de la fuerza de la obediencia sumisa al poder activo de Dios para servir de testimonio. Con una profunda emoción, Jesús levanta los ojos al cielo y dice : « *Te doy gracias, Padre, porque me has escuchado. Yo sé que siempre me escuchas, pero lo dije por la gente que está aquí presente, para que crean que tú me enviaste* » (Jn 11, 41-42). Es entonces cuando el milagro ocurre y cuando Lázaro emprende su éxodo del mundo de las tinieblas y de la muerte hacia la luz donde lo espera su Salvador.

Deseo que nuestra propia obediencia opere este éxodo fuera de nosotros mismos para la mayor gloria de Dios y para nuestra santificación en todo lo que cumplimos. Porque es en este tercer consejo evangélico donde encontramos las luces que nos guían en nuestro camino de santidad. ¡Ojalá! que nuestra oración sea un abandono amoroso, sin deseos para presentar más adherencia que al deseo de Dios. Que sea el espacio « *donde dejaré el campo libre a la imprevisible novedad que debe venirme de Dios* », como lo expresa tan justamente Christian

de Chergé, el monje cisterciense que entregó su vida en Argelia. Que frente a la morosidad de un gran número de nuestros conciudadanos, salgamos de nosotros mismos para proponer la alegría y la esperanza. Que frente a la enfermedad y la muerte de nuestros hermanos, encontremos los gestos que apacigüen y las palabras que reconforten. Que frente a la desafección de nuestras comunidades cristianas y la deserción de muchas de nuestras iglesias, nos comprometamos en una pastoral de conversión y operemos un éxodo de nuestras estructuras caducas y poco atractivas hacia unas comunidades evangelizadoras y alegres. « *La evangelización gozosa se vuelve belleza en la liturgia en medio de la exigencia diaria de extender el bien* » (Evangelii Gaudium n° 24). Es entonces cuando nuestra obediencia al proyecto de Jesús llevará frutos y fecundará nuestro caminar hacia la santidad.

Castidad, pobreza, obediencia

No son palabras repelentes, sinónimas de coacción ni de abnegación. Yo diría que más bien resuenan como un lema, una « *buena nueva* » que surge del corazón del mismo Jesús. Cuando se trata de poner en práctica estos consejos evangélicos, es necesario volverse hacia Él para que nos dé la gracia de convertir nuestros corazones y la valentía de transformar nuestras vidas. Estos ideales actúan como lámparas que nos guían en las tinieblas de nuestros caminos y que nos hacen ver la plena Luz de Aquel que nos atrae hacia Él. Estas palabras son los votos de confianza que formulamos en nuestros corazones y que brindan alegría, paz y misericordia en nuestras vidas y en la vida de las personas que acompañamos sobre los caminos de la vida. Estos sabios consejos son finalmente balizas que nos van guiando en los caminos de la santidad sobre los cuales hemos embarcado en respuesta al llamado del Señor : « *Sean también ustedes santos en toda su conducta ; porque así está escrito : Sean santos, porque yo soy santo* » (1 Pe 1, 15-16). El camino del Evangelio conduce a la santidad y nosotros lo hemos emprendido en pos de numerosos y magníficos modelos que nos indican cómo es posible acceder a ella.

La audacia de los testigos de Jesús en marcha hacia la santidad

Me complace evocar modelos inspiradores que han vivido intensamente esta misteriosa osmosis con Dios, lo que les habrá permitido aspirar a la santidad. Los calificamos de « *grandes místicos* ». Pensamos espontáneamente, en este lugar donde ella vivió, en la gran Teresa de Jesús. Hay que añadir a este ejemplo otra magnífica figura, María de la Encarnación, que la Iglesia acaba de proclamar santa. Más aún, me enorgullezco al hablar de ella porque esta nueva santa trabajó en mi diócesis de Quebec y sus restos se encuentran en el convento de las Ursulinas a sólo dos pasos de nuestra catedral. Conozco humildemente la distancia que nos separa, en nuestros propios caminos hacia la santidad, con la intensidad excepcional de la relación que estas dos figuras tuvieron el privilegio de vivir con Cristo. Son realmente excepcionales por su calidad de relación íntima, mejor dicho conyugal, con Jesús. Sin embargo, ellas nos maravillan por la gran influencia que ejercieron en su época en el mundo y en la Iglesia, a la que sirvieron con un celo incomparable. Permítanme poner en relieve

algunos rasgos de su vida que nos pueden iluminar en nuestra reflexión sobre la santidad a la cuál tendemos para vivir la consagración secular.

Tanto Santa Teresa de Jesús como Santa María de la Encarnación pusieron la oración de contemplación en el centro de su vida. En un diálogo intenso e íntimo de corazón a corazón con Cristo, reconocieron el poder de su amor por ellas y por la humanidad. Es de este horno de amor de donde sacaron la energía para realizar la misión que el Señor les confiaba. Para Santa Teresa, orar es « *un comercio íntimo de amistad que se mantiene a menudo con Aquel que sabemos que nos ama* » (La vida). Por su parte, Santa María de la Encarnación describe su relación de oración de esta manera : « *En la conversación y en el ruido del mundo, ella es la soledad en el despacho del Esposo... un concierto, una armonía que no puede ser gustada ni escuchada sino por quienes tienen la experiencia y que gozan de ella* » (cf. Traducción de René Champagne, Marie de l'Incarnation ou le chant du cœur, p.45). Descubrimos en estos testimonios la importancia de la oración perpetua en forma de diálogo donde el Señor se deja amar y se hace escuchar. Muchas veces, nuestra oración se vuelve un monólogo en el que domina la relación de nuestras peticiones, de nuestras preguntas, de nuestros deseos, y hasta de nuestros reproches. Orar como Teresa y como María, es volver a encontrar la intensidad con la cual Jesús hablaba a su Padre. En todo tiempo y en todo lugar, su vida entera estaba entregada a una oración continua al Padre. Sus silencios estaban habitados por la presencia del Padre. Toda ocasión se volvía pretexto para dar gracias a Aquel cuyo Nombre debía ser santificado. ¡Ojalá! que en nuestros caminos de santidad, volvamos a encontrar también la alegría de unir nuestros corazones en este diálogo constante y amoroso para que Él solo pueda fecundar nuestra vida y nuestra misión.

Al contrario de lo que podríamos pensar, la vida de estas dos santas místicas no fue confinada a los muros ni a las rejas de sus conventos. Fueron mujeres enérgicas que intervinieron en la vida de sus contemporáneos en nombre del Señor, el cual les encomendaba misiones muy concretas. Vemos como Santa Teresa tuvo una vida activa de fundadora de numerosos conventos en toda España que visitó con regularidad para mantener su visión de la Orden carmelita reformada. Muchos clérigos, príncipes y personalidades importantes la consultaron por su gran conocimiento y sus sabios consejos. Su influencia se hizo sentir en toda Europa gracias, especialmente, a las numerosas obras de las cuales ella fue autora y a la imponente correspondencia que mantuvo, de la cual se conservan 400 cartas.

Por su parte, Santa María de la Encarnación dejó su ciudad de Tours, en Francia, para ejercer su apostolado en la nueva colonia de Quebec, donde tocará tierra el 1 de agosto de 1639 después de una travesía de tres meses. Inmediatamente, supervisó la construcción de un convento y estableció una escuela para la educación de las niñas francesas y autóctonas. Fue también una escritora célebre por sus cartas que relataban los principales eventos que tenían lugar en la colonia naciente, cartas enviadas a sus interlocutores franceses, y entre otros, a su hijo que tomó los hábitos de monje benedictino. Formidable mujer de acción, que no duda en tomar parte en la gestión de los asuntos públicos y religiosos, en elaborar diccionarios de

lenguas autóctonas y en prodigar consejos acertados a muchas personas que se los pedían. A ella, se aplican las palabras del salmista : « *Me devora el cielo por tu templo* » (Sal 69, 10). Escribiendo a su hijo, el 17 de octubre de 1668, expresa su alegría de ver prosperar las misiones en las cuales ella misma participaba, tanto por la calidad de su vida espiritual como por su fe en su vocación misionera : « *Es una cosa maravillosa ver el cielo de los obreros del Evangelio* ». Pero lo que caracteriza sobre todo a María de la Encarnación y suscita más nuestra admiración es la calidad de su vida interior, la intensidad de su espiritualidad y su capacidad de alimentar su contemplación en un diálogo intenso y enraizado en su vida cotidiana. Para ella, como para Teresa, podríamos aplicar las palabras del papa Benedicto XVI : « *Santa Teresa (y María de la Encarnación) nos enseña(n) a ser testigos incansables de Dios, de su presencia y de su acción ; ... a sentir realmente esta sed de Dios que existe en lo más hondo de nuestro corazón, este deseo de ver a Dios, de buscar a Dios, de estar en diálogo con él y de ser sus amigos* » (Audiencia general, Roma, 2 de febrero de 2011).

Queridos hermanos y hermanas que han consagrado su vida a Cristo para que advenga su reino de amor, de paz y de justicia, que el Espíritu les acompañe en este camino que conduce a la plena luz. La santidad, con la cual queremos impregnar nuestra vida consagrada, se revela en cada tramo del camino que tomamos cuando nuestros ojos se abren y nuestros corazones se ponen a arder cuando se descubre la presencia del Compañero que se junta a nosotros. En pos de los peregrinos de Emaús y en las sendas de las santas figuras que nos han precedido, vivamos intensamente la misión que nos es confiada en el mundo y por el mundo. « *En el corazón del mundo con el corazón de Dios !* »

Aunque el gran Cristóbal Colón no figura en el panteón de los modelos de santidad, inspirémonos de su audacia y de su valentía para atrevernos a levantar el ancla que nos ata a los puertos de nuestros conformismos y de nuestras comodidades. Soltemos las amarras de nuestras dudas y de nuestras falsas certidumbres. Despleguemos las velas de nuestros entusiasmos, empuñemos el timón de nuestra fe y pongamos rumbo a los nuevos horizontes, hasta en las periferias. A lo largo del viaje, guardemos los ojos fijos en la Virgen María, nuestra Madre, la indefectible estrella de la nueva evangelización, para que nos guíe sin ambages hacia el verdadero puerto. Es en este remanso místico que el Señor Jesús nos tiende los brazos y nos ofrece su corazón para que nos hundamos en él sin moderación y compartamos la plenitud de su amor. Juntos vayamos mar adentro para realizar la misión. El mar es bello ! La misión es bella !